

Las consecuencias de tal estado de cosas son deplorables para el compositor español en primer término, y luego para el profesorado de orquesta y para el público en general. Decantemos, sí, nuestras aficiones, nuestras aptitudes para el arte de oír la música y gozar la fruición de orden superior que experimenta el público oyéndola. ¿Cuándo? Cuando tengamos tales sociedades. Hoy no, mañana.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozoya

PROFESORA DE CANTO.

QUEDA ABIERTA LA MATRÍCULA

Me sacaba de mis casillas la flema de aquel demonio de hombre, siempre con su mefistofélica sonrisita dibujándose apenas entre los labios, acompañada de la misma muletilla: que todo en este mundo es cuestión de pasar el tiempo. Que se suscitase entre amigos una polémica sobre cualquiera cuestión científica ó social de actualidad; que se particularizase la polémica enzarzándonos en uno de los problemas de enseñanza, él, ya se sabía, soltaba su obligada moraleja recomendándonos la calma, la filosofía, ya que todo era, según entendía, pura cuestión de pasar el tiempo. Bien mirado, sí—me decía yo por lo bajo, sonriendo casi tan mefistofélicamente como él,—en hecho de enseñanza quizá tenga razón mi hombre. Son tantas las cosas que sobre esta materia hemos inventado los hombres en ese divertidísimo mundo que nos ha tocado en suerte; son todas tan perfectamente inútiles, que casi estaba por darle la razón en este caso especial de nuestras polémicas. En efecto —añadía yo monologuizando,—¿qué se enseña, por ejemplo, en esos divertidísimos Conservatorios de Música que se estilan en todas las naciones de Europa? ¿á conservar la Música, porque el título obliga, ó por lo menos debiera de obligar? ¿á conservar la Música, con mayúscula, pero no á guisa de fábrica de conservas en que el tomate no sabe á tomate ni el pimienta á pimienta, sino

á serrín colorado, humedecido con agua chirle? ¿á conservar la Música preservándola de las fórmulas vanas de los teóricos, de las *querencias* de la moda, de los prejuicios de escuelas destinadas á envejecer y morir, y á abrir el paso á otras condenadas á igual suerte? ¿á afirmar ciertos principios de arte... y de sentido común que se han impuesto, por virtualidad de verdades eternas, á través de las edades? ¿á *conservar*, en una palabra, la Música, ó modestamente á adiestrar músicos para arruinarla como la arruinan casi todos los centros de enseñanza llamados impropia y falazmente Conservatorios?

Si en el lugar más céntrico de una calle apareciese un día sobre sendo portalón el rimbombante rótulo de «Conservatorio de Poesía», todo el mundo pasaría de largo, echándose á reír, y sería cuestión de apretarse los ijares para no desternillarse de risa, si al acercarse al cuadro de asignaturas que podría explicar y razonar un claustro de graves é sesudos arcades, leyese uno: «Clases primarias de aliteración, asonancia, complexión, concatenación, conduplicación, epanadiplosis, metaplasmo, polipote, paronomasia...» «Clases superiores de estilo, de la expresión musical que nos causan los objetos y de prácticas de verso de dos á diez y seis sílabas.» «Clases de perfeccionamiento y de composición desde la simple aleluya á la oda y el poema más trascendental.» «Clases de conjunto poético para vejámenes, floralias y todo género de juegos y entretenimientos poéticos.»

¿Son verdaderamente enseñables estas materias, *ma-güer* las enseñen graves é sesudos homes fideicomisarios de otros homes más sesudos y graves que fueron? Las más vulgares gentes saben que el orador se adiestra, y saben también que cuando se tienen pocas chichas para la oratoria se embucha uno, como se lo embuchaba aquel orador griego, un buen puñado de guijas y á fuerza de zarandearlas con la lengua, ya está uno dispuesto á cotorrear como cualquiera de nuestros más conspicuos padrastrós, que no padres de la patria. Que se almacene un músico ó un poeta todos los tratados de armonía, contrapunto y fuga ó todos los diccionarios de

la rima habidos y por haber, que para el caso son á la música y á la poesía lo que las guijas á la oratoria, y á versí ni con sudores y afanes, si ni con tratados y diccionarios sale la sinfonía ó la oda que han solicitado, incautos, el *pacato* músico ó el misérrimo poeta.

Si el orador se adiestra y el músico y el poeta nacen, todo lo que sea pretender enseñar lo que se resiste á ser enseñado será cuestión de pasar, ó lo que es peor, de perder inútilmente el tiempo. Que pueden ser *comunicadas* todas las enseñanzas del cuadro del Conservatorio de Poesía, expuestas en mi modelo humorístico, no lo pongo en duda habiendo como hay sesudos homes á docenas que en esto se entretienen para pasar el tiempo. Pero ¿se enseñará poesía en el tal Conservatorio por más que lo afirme el rótulo? Aplicando el caso á los Conservatorios, que jamás (por lo menos hasta ahora) han sabido *conservar* la Música, puede afirmarse que en tales centros se adiestran músicos para atiborrarse música de todas condiciones, condenados á no poder digerir ninguna: lo que niego terminantemente es que se enseñe Música. Los he visto de cerca, desgraciadamente muy de cerca; he experimentado tristemente, en cabeza propia, que todo lo que en tales establecimientos se cultiva es la especialidad de adiestrar músicos, muchos músicos, cerrados á todo beneficio de inteligencia y de intuición verdaderamente probada para la música, con el uno, dos, tres envarado como el paso del recluta: con el horrible tic-tac del metrónomo; con el mecanismo del dedo, de la muñeca, del brazo y aun del pie; con el del labio; con el de la garganta; con la regla infalible de la media vuelta á los higos del librito de siempre, código intangible de la regla, ó á la inversa, según los casos y los peligros á evitar, con el media vuelta al pan de munición, que es una vuelta igual ó semejante, pero todo lo contrario que la vuelta á los higos. Conozco, sí, conozco muy bien que toda interpretación musical requiere destreza suma en el agente vocal ó instrumental que ejecuta, pero ¡por Dios! no tanta destreza ni tanta habilidad que posponga en absoluto la mecánica á la inteligencia cuando ésta, soberana é ideal, es precisamente

la que ha de dominar sobre lo accesorio. Todos los programas de enseñanzas de estos centros que, como expresa su título, más que de enseñar en el rigor disciplinario de la palabra deberían *conservar* la tradición de estilos y formas y mantener ciertos principios de arte que han afirmado su valía de verdades inconcusas á través de los tiempos; todos, absolutamente todos, están informados en aquella desesperadora rutina imbécil de la enseñanza oficial para que sólo priven sobre la música misma el uno, dos, tres, el tic-tac, el mecanismo absorbedor, el media vuelta hacia la derecha ó hacia la izquierda, y toda la regla infalible é intangible del librito inventado para hombres de un solo libro, que ni siquiera llega á esto, á libro entero.

Así anda ello y á cada dos por tres sale por ahí cada Bach, cada Beethoven y cada Wagner frustráneos que no hay más que ver y... oír. Y así como crece el número espantoso de músicos cerrados á todo beneficio de música, asimismo aumenta el considerable de víctimas del adiestramiento que, castigados por vanidad, por amor propio, por falaces esperanzas y malos consejos, á vegetar en el bajo nivel del obrero de la solfa, con mejores ó peores mañas para vivir con vilipendio intelectual de cultura, han privado á la carpintería, á la agricultura, etc., de un número respetable de ciudadanos útiles á la sociedad.

Matriculaos, jóvenes incautos que... al templo de Apolo dirigís vuestros pasos presurosos; matriculaos y acudid en tropel, sobre todo los que antes habéis probado que si no servíais para zapateros ni para peones de albañil, en cambio servíais para músicos, porque os llamaba la música y porque os admitían para ser adiestrados como músicos en los centros en que se cultiva la especialidad del adiestramiento. Matriculaos y veréis... y oleréis si es canela fina eso de pasar el tiempo para adiestrarse en música. Eso sí, dejaos antes la inteligencia en casa, si acaso tenéis una chispita de ella. Después de adiestraros para músicos durante seis, ocho, diez ó más años, cuando busquéis en vano la música, no os desesperéis; en el rótulo colocado sobre la puerta

del establecimiento queda. Allí está. Dentro del establecimiento no parece por ningún lado. Matriculaos á bandadas en las clases del tic-tac y del media vuelta, y veréis cuán bien, cuán rétebién pasáis el tiempo mejor de vuestra juventud. ¡Qué demonio! En esta pícara vida, ¿no es toda cuestión de pasar el tiempo lo menos mal que se pueda? ¿hay, acaso, nada más inocente que adiestrarse para pianista, para cantante ó para compositor?

QUEDA CERRADA LA MATRÍCULA

Si. Queda cerrada la matrícula. Se ha inaugurado oficialmente el curso; se han pronunciado los discursos de apertura obligados; se han repetido las mil y una vaciedades del caso y funcionan que es una maravilla de actividad los establecimientos destinados á adiestrar músicos por el procedimiento invariable del uno, dos, tres; del tic-tac; del media vuelta á la derecha ó á la izquierda y de la infalible regla del librito único que custodian, preservan y conservan aquellos graves y sedudos homes destinados á no poseer más que un solo y único librito, que no llega á libro.

Pero hete ahí á un ministro de Bellas Artes, de Francia, por supuesto (que estas cosas no rezan jamás con España ni con los ministros que gastamos á diario y para andar por casa), hete ahí á un ministro de Bellas Artes que, saliéndose de tono, ha tenido la singular ocurrencia de discursar, repitiendo precisamente lo que yo les decía no ha mucho á los jóvenes incautos que se adiestran para músicos al anunciarse por entonces la apertura de matrícula del año corriente de adiestramiento.

El buen ministro les ha espetado á los señores profesores y alumnos del Conservatorio de París una filípica tan... sincera, que no se sabe qué admirar más en ella, si la temeridad ó la sana intención del problema de ense-

ñanza que abordaba, sacándolo á cuenta tan á deshora en un acto oficial, ó la destreza con que fué dorada la pildora para hacérsela tragar á aquellos á quienes iba destinada.

Apuntando á la incultura reinante decía en tono melifluo M. Dujardin-Beaumetz, que así se llama el ministro francés de Bellas Artes: «Queremos que la educación musical que ha de darse en este Conservatorio corra parejas con la enseñanza y la educación, á fin de que se hallen en un mismo nivel.» El sagaz é inteligente crítico musical Pierre Lalo, glosando el deseo manifestado por el ministro y poniéndose de su parte, escribe en seguida sin perder ripio: «Muy bien dicho, señor ministro: el Conservatorio enseña á los alumnos el *métier* (el adiestramiento, que decía yo), pero no les enseña el arte: les enseña la composición, el canto, el piano, el violín ó la flauta, pero no les enseña la música.» (Coincidencia de ideas y hasta de palabras.) «Los jóvenes que instruye ese centro conocen la armonía y el contrapunto» (con esa indocta prelación de la armonía, como si el contrapunto fuese su consecuencia y no precisamente todo lo contrario), «saben escribir y orquestar una pieza según las recetas corrientes; ignoran cómo ha advenido la música; cómo por desdoblamientos y procesos sucesivos se ha constituido tal como hoy la conocemos; qué formas ha revestido á través de los tiempos; no saben una sola palabra de las obras de los maestros; la historia y la evolución del arte que pretenden cultivar es libro cerrado para ellos; no poseen, en fin, y dicho sea sin reticencias, ningún género de cultura.»

El cuadro no es halagüeño, ni más gris ni más negro que el que yo describí, ni aun pasando por alto «aquella indigencia absoluta de los violinistas y ejecutantes de toda suerte de instrumentos, atiborrados, sin embargo, de excelente técnica», ni sacando á colación «aquellas clases de canto, huérfanas de todo, de arte y hasta de *métier*». El cuadro, realmente, no es esplendente, ni mucho menos, tratando de mostrar al desnudo, como lo hacen Pierre Lalo y el ministro, la indigencia de cultura de los alumnos en general, y yo no sabría escribir ne-

gruras sobre negruras, si al enfocar á la indigencia de los alumnos apuntara á retratar á los profesores, dado que la incontinenencia de su incultura está en razón de su incultura y de su... satisfacción en el cumplimiento del cargo que desempeñan.

Toma cartas en el asunto un articulista listo y des-pabilado y escribe estas bellezas, si aplicadas al Conservatorio de París, comunes casi á todos los centros de la misma índole: «El *métier* que se enseña y se aprende en el Conservatorio no es más que el *patois* particular de una especie de volapuk pedagógico que está á mil leguas del arte musical del pasado y del presente, como lo estará del porvenir. La armonía y el contrapunto que se cultivan en los Conservatorios constituyen un idioma especial y no una serie de prescripciones arbitrarias, informadas por influencias de incultura, cerradas á todo progreso; que pasan de una á otra generación de indoc-tos y de prescriptores *ejusdem farinae* y se comunican á los *ratés* de hoy y de mañana. La enseñanza de los Conservatorios data, y emana su fundación, de una época en que la historia de la música apenas si existía; esa enseñanza no quiso conocer á Bach ni á ninguno de sus predecesores, apenas si oyó hablar de Mozart ó de Haydn; en cuanto á ese loco de atar, Beethoven, ó se corregían las faltas de armonía que cometió, ó se le ponía en entredicho y como un peligro para la juventud; esa enseñanza tuvo y aun tiene oráculos infalibles, libritos y códigos inapelables, que en Francia se llaman Fátis, Cherubini, Halevy (¡cielos! el de *L' Ebreca*), en Italia Fenaroli (como podrían llamarse en España Eslava y su comentador Aranguren...)

Concíbese sin grandes esfuerzos que los que dedican su vida á *cotorrear* con serena é imperturbable seriedad la rutina y las pedantescas ordenaciones de los tales libritos á una y otra generación de irresponsables; comprendese, digo, que no se sientan inclinados por naturaleza, poco ni mucho, á profundizar en las obras de los grandes maestros el desenvolvimiento progresivo del arte que cultivan, *pro pane lucrando* más que por idoneidad y afición. Si acaso se propusieran profundizar

en ese glorioso pasado de obras para basar sobre él y sus eternas bellezas los textos de sus lecciones, la balumba misma de ese glorioso pasado, que no ha sido creado para ellos, pesaría sobre sus enseñanzas rutinarias y falsas desmintiéndolas y condenándolas sin remisión.

Esto explica que, ignorantes de ese pasado, por desconfianza, quizá tanto como por inclinación, cuando por azar han oído hablar de él, se encastillen en su olímpica satisfacción de pedagogos conscientes de su superioridad. Compréndese el efecto que produciría en el rebaño de enseñantes y enseñados el atrevimiento de M. Dujardin-Beaumez al afirmar «que la educación musical se halla—*(sic)* y así lo quiso decir—al nivel de la enseñanza técnica». ¡Qué atrevimiento y qué procacidad de ministro! ¡Qué lenguaje intemperante, jamás usado en esos paradisiacos centros de adiestramiento! ¿Qué significa eso de «evolución musical»?—exclamarán los sesudos homes molestados en su apacible dormir. —¿A qué lengua pertenecen esas palabras en mal hora evocadas por el ministro y su exégeta Pierre Lalo? Tiene razón el atribulado rebaño; para el caso ni que hubiesen hablado en chino y por boca del mismísimo Confucio. Exigirles á los maestros que enseñen á sus alumnos esas teorías destructoras, valdría tanto como ordenarles que ellos mismos, los maestros, volviesen á la escuela. No se improvisa, no, una cultura. Adquiérese personalmente, avivada por una intuición y una ávida curiosidad, por el deseo de saber, que raramente puede recibirse de otro, y menos por la vía didáctica.

Y si esto es así, ¿no sería hacer obra de cultura, intento de obra de cultura, provocar, cuando menos, el gusto entre los que aprenden, ofreciéndoles los elementos necesarios en caso de poseerlos el que enseña? La educación del alumno refleja la enseñanza del maestro: la enseñanza de éste es el espejo de su cultura.

Todo lo que no sea esto, cuantas reformas se ensayen en uno ó en otro sentido, no pasarán de buenas intenciones: no se enseñará música, que es lo que importa, á